

Prof. JOEL OTERO ÁLVAREZ
 Psicólogo-Psicoanalista
 Universidad de San Buenaventura - Cali

UN TEXTO DE NIETZSCHE SOBRE LA ENSEÑANZA Y LA ESCRITURA*



TAPIZ FRANCO FLAMENCO. NARBONA. FRANCIA (S. XVI)

INTRODUCCIÓN

parecerá distante -e injustificable, por ende- relacionar un texto de Nietzsche a propósito de la Pedagogía¹, con el *asunto escritural*. Pero es así: este escrito versa, en realidad, sobre *la Escritura*.

Es más: a pesar de ser un corto esbozo no sólo aspira a la promoción de la Escritura; quisiera -más allá aún- guiar hacia algunas precisiones de base, indispensables en la reflexión a propósito del abordaje de *lo contemporáneo*.

Por supuesto, resultaría ambicioso hasta lo imperdonable pretender asumir una tarea tan exigente desde un trabajo, de entrada reconocido, como escueto y, a partir de un lugar, en más de un sentido, restringido.

Pues bien: nada excluye que ello sea factible; incluso, paulatinamente generalizable.

Se impone sí reconocer que abordar el asunto de la Escritura no resulta original; al menos, si se reconoce el aporte de la obra de Derrida² -; asumiendo que es aplicación de una teoría (aunque se incomode con sólo obligarle a jugarse al interior de la tradición psicoanalítica³); -si se piensa

* Se impone una aclaración: este trabajo empezó a escribirse hace más de tres años. Ha sido reiteradamente corregido; y, es esa la razón por la cual incluye un punto de partida desde el Psicoanálisis y una derivación inocultable del lado de, cuando ha sido apelado por el autor, la Clínica de lo Social.

1 Cf. Nietzsche, F. "Sobre el porvenir de nuestros establecimientos de enseñanza". OBRAS COMPLETAS. Tomo V. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1967. Es claro que para la lectura de este documento conviene conocer el escrito de Nietzsche.

2 Cf. Derrida, J. "De la Gramatología". Siglo XXI, Ed. Buenos Aires, 1971.

3 Salvo si se atiende a la última producción de este autor, donde se evidencia una posición menos hostil frente al Psicoanálisis (Cf. Derrida, J. "Resistencias del Psicoanálisis". Paidós, Ed. Buenos Aires, 1997).

además que, de todos modos, cabe plantearlo, a pesar de que se corran inevitables riesgos; y, si se aclara que se aspira a verle operar primero a nivel de las gestiones más inmediatas y particulares.

Desde la perspectiva del Psicoanálisis conviene comenzar a repensar esa cuestión, tan gruesa y decisiva, que es *la Escritura*.

O sea: el Psicoanálisis no sólo asumido en tanto *posible oferta de aplicación*; a partir de la *lectura puntual* de un filósofo y un texto suyo; por supuesto sin olvidar, niveles tan precisos y decisivos como la *práctica terapéutica* misma.

Pero: no siendo, aparentemente, obligatoria la implementación de la escritura para el hacer terapéutico- se hace imperiosa, precisamente, cuando se trata del adecuado registro de la *aplicación psicoanalítica* (que es una forma inconveniente de apelar a la Clínica, una vez remonta las restricciones espaciales que comporta el diván).

Si bien se ve, es allí donde se da la real diferencia.

Al menos en principio cabe distinguir, un Psicoanálisis que se asume *en el puro ejercicio de lo escritural*; y, otro que, al parecer, *no lo demanda* de un modo tan decisivo.

Pues bien: si se incluye el componente escritural, el Psicoanálisis será otra cuestión distinta de aquella que le escinde entre *una terapéutica* y una teoría de la Cultura que recalca en *el malestar*.

Sólo que resulta difícil se reconozca la Escritura definiendo allí donde -con cierto «psicologismo» fundador- siempre se trató del *libre ejercicio de la asociación*⁴.

Pero ¿quién podrá negar que, sólo *al hacerse Escritura*, el Psicoanálisis remonta la escueta esfera de *lo íntimo*; que, sólo al tornarse *texto*, accede a la posibilidad de su *universalización*?

De otra parte, permitirá este texto mostrar que «lo psicológico» no necesariamente alude a «lo individual»; o -tanto más inconvenientemente aún- a lo ya resaltado como «lo íntimo»; que cabe ahí, sencilla y gravemente, donde *se da* escritura, así, no siempre, se le quiera ver.

Pues, más que la presencia de «un Sujeto» que subtiende el hacer escritural, se trata de *un texto*; texto tan determinante que decide, en cambio, al Sujeto, entendido éste tal cual, corrientemente, se le asume a partir de la disciplina psicológica.

O sea, en otras palabras: que el Sujeto es en tanto *texto*. Y, sólo por ello, resulta siendo «psicoanalizable».

Pero, además, es tan decisiva la Escritura que «lo

tecnológico» -modelo indiscutible de diferenciación de lo más contemporáneo- si resulta ser algo, será precisamente, en tanto se decide en últimas como *texto puro*; incluso, como escritura desmembrada de «un sujeto» responsable que le subtienda; al menos, en el sentido convencional que da, a este último, como alguien que habla desde un lugar «personal», «intencional»; «Individualizado», por ende; y -¿por qué no?- factible de alimentarse en «la intimidad» de su insoslayable registro.

No: si cabe allí el Sujeto será porque es *texto abierto* que repudia cualquier dimensión de corte tradicional; porque el registro de *lo textual* subordina, tajantemente, todo otro convencional registro. Hace, de todo cuanto el humano toca, Escritura.

Para no llevar las cosas más lejos y decir, ya desde una perspectiva de una Clínica de lo Social, que *lo escritural* ingresa en la dimensión del *acontecimiento*, una vez se inscribe en el predominio decisivo que da particularidad a esta época: la primacía del *terrorismo*; o sea, cuando «eso» estalla para que emerjan textos imprevisos.

EL ESCRITO DE NIETZSCHE

Si cabe pues aquí lo psicoanalítico habrá de ser, necesariamente, por la vía de una *Clínica de Aplicación* que deleve «*lo sintomático*», en el más freudiano sentido del término.

Pero sería impropio creer que, con ello, se apunta chatamente a diagnosticar, desde una Clínica a secas -dese por caso- la demencia de un sujeto específico, o cosa parecida.

Se impone, en cambio al Psicoanálisis -en el otro extremo, donde el método clínico soporta y da nombre a la armazón teórica de conjunto- partir del reconocimiento de una *falta* en la especificidad de un escrito; que, no por puntual, resulta secundaria. Y, en este caso que sirve de paradigma ilustrativo, la falta estará inevitablemente ubicada a nivel de la pura resultante escritural.

Sólo entonces podrá retornarse al asunto más particular, sin resultar siendo simplificante.

En efecto, este conjunto de conferencias del joven Nietzsche sobre lo educativo forma parte del paquete de escritos póstumos que las Obras Completas de la Edición de Aguilar reúne, extrañamente, al lado del «*Origen de la Tragedia*».

Por ello, antes de referirse a la Filosofía de Nietzsche; previo, incluso, al abordaje de un texto suyo⁵, se trata aquí de una especifi-

4 No se discute la asociación libre en sí; se lamenta que lo escritural resulte por sólo ello, excluido de allí. Contra toda tradición, ha de decirse que, un buen tratamiento debe resolverse siempre en escritura: es allí donde hay real «final de análisis».

5 Cf. Nietzsche, F. Op. Cit.

ca *particularidad compositiva*.

Más aún: interesan *los enlaces* entre un Prólogo -evidentemente escrito *a posteriori* y no ofrecido en público-; la Introducción, y el grueso de las Conferencias propiamente dichas.

Sin duda, Nietzsche después de reunir las cinco disertaciones -realizadas en Basilea entre el 16 de enero y el 23 de marzo de 1872- escribió la Introducción, al parecer nunca leída, si nos atenemos al paréntesis que le acompaña: «(Proyectada)».

Tiempo después, al sumarse al conjunto de la obra, debió escribir el Prólogo; la fecha, también entre paréntesis ->(1871-72)<- es tan genérica que así lo delata.

Reunidos ahora, tal cual han sido reordenados los escritos, se evidencian cuestiones que, inicialmente, hubieran podido pasar desapercibidas.

Faltaría resaltar una cuarta escritura «de boceto» que se anexa al final y sobre la cual no se tratará aquí más que en enlace con el grueso de las Cinco Conferencias.

LA ESCRITURA DE PERIFERIA.

El esfuerzo del texto de Nietzsche por resolver en corto espacio niveles de cobertura progresiva, obliga a realizar la ya mencionada reflexión introductoria -evidente escritura de transición- y el Prólogo. Por ello, los asuntos que se abordan en una y otro, resultan disímiles y de variado interés.

Si tiene sentido esta propuesta de abordaje, renunciando a tantas interesantes opciones posibles es, precisamente, porque expresa, a nivel formal, lo más decisivo. Y porque permite, por sí sola, una célula de integración transdisciplinaria -si no imposible, al menos ardua y explosiva- entre el Psicoanálisis y la Filosofía de Nietzsche.

Partiendo de un Auditorio, conformado por un centenar de escuchas suizos, Nietzsche -abordando el análisis de escuelas y universidades alemanas de su época- deberá luego decidirse a ofrecer su reflexión sobre la Educación, a una multiplicidad imprevisible de lectores.

Pero Nietzsche no modifica, por ello, el cuerpo de su texto. Cabe entonces indagar: ¿comporta eso que -juntando estos dos momentos- las cosas quedan debidamente ordenadas?; ¿y que el precipitado paso, de lo más local a lo más general, no tiene implicaciones?

Al menos, de hecho, así se dio.

A PROPÓSITO DEL PRÓLOGO.

Curiosa recurrencia: como si se presintieran los efectos de una tal imprevisión, apenas iniciado el Prólogo,

el autor se burla de quienes, partiendo de «la más elemental empiria» ascienden, sin más, a las alturas de la Cultura envolvente; ascienden y retornan -como Moisés- con legislaciones y reglamentos detallados donde se decide, “pedagógicamente”, cómo habrán de realizarse los más diversos recorridos para que resulten correctos.

Al lado de esta clave -que anunciaría -de entrada- *el síntoma*- se ofrece la argumentación impecable sobre la cual el Prólogo versa: se trata del *tipo de lector* al cual *la escritura nietzscheana* aspira.

Al tiempo, se decide así que no se trata, entonces, de la escueta relación entre el Conferencista y su Auditorio (y, no sólo -cómo cabría de pronto contra-argüirse- por la imposición, en la resultante final, de la escritura de conjunto que aglutina el texto, junto con las restantes obras del autor). Sea como fuere, apenas ello pone en juego -en este doble soporte, no claramente previsto- la distinción entre niveles que van de lo más local a lo más universal.

Pues bien: ese *lector-otro* al cual el Prólogo apela -y que se suma *a posteriori*- después de leídas las Conferencias, es *el lector de Nietzsche*.

Entiéndase: no, simplemente, *quien le lee*. Ni siquiera quien «le rumia» y quien renuncia, además -según condiciones que el filósofo le impone de antemano-, a pensarse a sí mismo como «medida decisiva»; o a asumirse, en una estabilización intelectual no discutible; tanto menos, a ubicarse en la pasividad de esperar soluciones del autor, sobre asuntos puntuales.

Se trata de quienes, en su *presente*, recogen el enlace más originario para darle, desde ya, coherencia a las emergencias del *porvenir*.

Nietzsche, antes de demandar una lectura desprevenida, aspira a una *cofradía*. Por ende, escribe para darle concreción. Y, ello resulta tanto más visible, cuando redacta su Prólogo; no tanto, cuando produce la Introducción intermediaria ni el grueso de sus Conferencias.

Esa apelación -por esto- tiene en los párrafos finales de su “tardío” preámbulo, una tonalidad exaltada *de proclama* -que, por lo demás, no se asume del lado de lo humano valioso, universal, de tanto como no se decide a desapuntalarle de *lo puro germánico*-.

Pues «quienes se atormentan por la pérdida del espíritu alemán» -más que alemanes, y antes de toda geográfica demarcación- resultan ser los herederos de la Grecia esencial.

Y, esta confusión -acaso bien intencionada, pero nunca resuelta- al final de «*El porvenir de nuestros establecimientos de Enseñanza*», conduce a encontrarse de frente con los fantasmas de un monstruo; de entrada, apenas anunciado.

DE LA INTRODUCCIÓN.

Aquí se parte, en cambio, de las consecuencias de un título que reúne aristas muy diversas.

En primer lugar, el asunto del Método debe ser expreso y resuelto desde los inicios del escrito cuando, sin asumirse profético, se impone como inevitable el develamiento del *porvenir*.

Nietzsche hallará una metáfora perfecta en «los arúspices romanos»⁶ para decidir, a partir de ella que, sólo la violencia analítica del *presente*, permitirá hallar -en “sus entrañas”- las claves decisivas del *futuro*.

O sea: si se apuntala de modo preciso la línea que lleva de los orígenes a la resultante actual, es posible seguir la dirección, supuestamente imprevisible, del *porvenir*. Este nudo del presente decide ya cuánto de Escritura se impone para el armado del ordenamiento del conjunto de los acontecimientos humanos.

Por eso, justamente, resulta esencial contar con la garantizada interlocución de quienes están, desde ya, instalados en ese registro de conciencia. El resto, no podría captarlo. Es más: estarían, en cambio, por tergiversarlo.

Y aquí, la posibilidad de la interpretación equivocada del determinismo en cuestión genera la terca urgencia de un consenso indispensable.

Nietzsche ha renunciado, como Freud, a la *oferta de libertad* kantiana y empieza ahora a pagar las consecuencias de esa exclusión tajante; más que argumentada, asumida de hecho. O sea, de modo terrorista ya.

Subtiende -si se quisieran agravar las consecuencias de estos presupuestos- una fe en la existencia y voluntad decidida de estos lectores presentidos; lectores quienes, al ser integrados por esa escritura -entonces, doblemente lúcida- asumirían, como se supone asumieron siempre, la responsabilidad de esta ruta pertinente.

Trayectoria pensada, se insiste, como inevitable, impone necesariamente el triunfo sobre los obstáculos que apuntan a torcer la dirección del recorrido: apelación radical a un doble determinismo indiscutible.

Es en este determinismo duplo, entonces, donde la necesidad de la propuesta metodológica deberá decidirse: más allá del mero entusiasmo violento de quienes se crean, de por sí, portadores de las banderas que se impone blandir; y más allá del “conocer”, de allí emergente, que pudiera desestimular la empresa.

Si debe decidirse cada versión del lado de una correcta hermenéutica y al tiempo se supone todo futuro como predeterminado, habrá de reconocerse que existe ahí un obstáculo lógico, difícil de sortear y de sostener a cada paso.

- Sea como fuere, el provenir debe ser con-

quistado, pero la coherencia del paso que lo garantice, impone despanzurrar al presente para reconocer en sus entrañas ese determinismo irreductible.

A la creciente convicción de la inutilidad de la tarea que podría de todo esto derivarse -en tanto, de todos modos, el resultado inevitable se dará-, se sumará el esfuerzo heroico de sostener el hilo conductor, cada vez más velado y tergiversado por quienes de todos modos, si bien no lo cortaron, sí rompieron con él de antemano.

La Humanidad concebida por Nietzsche, por todo ello, está escindida sin remedio entre obstáculos encarnados a vencer y resultantes presentidas y únicas.

Allí se aglutina la materia prima que dará paso a su *mítica del porvenir*, cuajada entre su versión final del *Superhombre (o Ultrahombre)* y su *propuesta perspectivística*, no siempre suficientemente precisada.

Pero, a la dificultad de la ubicación del «porvenir», se suma la otra trampa, tanto más ardua: la ya señalada *apropiación germánica*; en tanto se trata, además, de ver allí, en la asunción de esas instituciones, apeladas por eso en el escrito: «*nuestros* establecimientos de enseñanza», la distancia real entre ese presente a develar y el *porvenir*, previsible, a partir de ahí.

Lo cierto es que, de otra parte, esa generalización sólo sería válida para Nietzsche, en referencia a un modelo de Antigüedad perdida.

¿Cómo, entonces, pensar este *presente* si, en realidad, es un *pasado cancelado* y que, apenas vale, en tanto se ofreciera la opción de recuperarlo desde esa evidencia de su condición más reprimida?

La verdad es que -tratándose de una *conquista*, antes de una *certeza*, o de una *fatalidad*- la resultante obtenida por la rigurosa evaluación adelantada, no tendría por qué coincidir, sin más, con la aspiración optimista del, *velado pero indiscutible, desenlace*.

Incluso, hallando la ruta, faltaría la clave que impusiera tal dirección y que la ejecutara literalmente. Careciendo de ella, el texto habrá de diluirse en medio de dudas y de sombras; y, un pesimismo creciente dará, en cambio, razón a los presentimientos más escalofrantes.

EL FANTASMA PENDIENTE

Sin embargo, la apropiación de la universalidad humana, a partir del más puro espíritu germánico, comporta otros obligados matices en Nietzsche que, resulta indispensable dilucidar y acentuar, para librarle de incómodas adherencias.

Y es porque, en el texto de Nietzsche, el pasado -si

⁶ Los arúspices romanos eran sacerdotes de la antigua Roma quienes pronosticaban sucesos examinando las vísceras de animales sacrificados con tal fin.

no imprevisto, al menos no tan francamente reconocible- apela, cuando se le reconoce en su decisiva presencia, más allá de una lúcida antigüedad germánica, a la mítica comunión con Grecia.

Es, por esta vía, que la aspiración develadora de Nietzsche cobra, paradójicamente, tanta mayor validez.

Sin ella, la lectura del escrito de Nietzsche, resultaría implicando lamentables derivaciones. En efecto: si Alemania merece portar la bandera de lo «humano más valioso» -así, ahora, se dude de ello con vigor- es porque recibe la antorcha, desde la Grecia milenaria, en la carrera que lleva en pos de la realización del destino final.

Pero, Grecia ha sido mutilada también de un tajo por el presente; y, el hilo silenciado que, a pesar de esto, persiste, ha de ser vigorosamente recuperado, si no se desea mantenerse en un empantanamiento malsano.

Cómo recapturarle?

Reconociendo sus faltas reales. Nietzsche escoje la Educación universitaria para develar estas carencias constitutivas.

Es, por ello, que sumará, a la *negación de Grecia*, la *ausencia del Arte* y la cancelación del predominio del *pensamiento filosófico*: la Universidad está constituida a partir de esta triple extirpación y ello se sintomatiza en el *tipo de estudiante* que acoge y en el *modelo de profesor* que le reproduce.

Estudiantes y profesores reúnen, cada cual en su peculiar modo, estas tres claves refutadoras donde, compartiendo negaciones, se autodefinen y complementan.

Visto así, el llamado desesperado de apuntalar Alemania a Grecia resulta, por sí sólo, compensatorio y significativo: permite, sin más, reconocer cómo Nietzsche sabía -con una lucidez sin par- que, la sólo Alemania, desmembrada de ahí, daría paso a una inevitable monstruosidad.

Y, sin olvidar que, la ilusoria reposición de los Goethe, Schiller y otros nombres -no tanto, pero también ilustres- tampoco sería posible sin la inspiración griega.

En efecto: la distinción entre «espíritu alemán antiguo» y «moderno», no podría adelantarse más que por esta precisa vía.

El texto nietzscheano, sin embargo, no permite decir que sea, dese por caso, versión alemanizada del «Laques» de Platón⁷ -donde «el viejo filósofo», personaje radical del escrito nietzscheano, repondría a Sócrates o cosa parecida-. En cambio, sí progresa -a partir de una atmósfera que resulta, por ello, casi onírica, con to-

nos alusivos de pesadilla- desde *lo griego anhelado* hasta *lo germánico, a secas*.

UNA VARIANTE "INTEMPESTIVA".

Más pertinente sí, será reconocer que -sin que se imponga por esto, necesaria contradicción con presupuestos que demarcan estas cortas líneas- el estilo del escrito del filósofo alemán es, en más de un sentido, *platónico*.

Podría, incluso, sumarse a ello el reconocimiento según el cual, nadie como Nietzsche, para reactualizar a Sócrates.

Corriendo el riesgo que impone lo imprevisto, podría decirse que, la coherencia, responsable de *la muerte* del filósofo griego dará paso a *la locura*, conjugada -casi veinticinco siglos después- en alemán.

Mostrará cómo, el tono que atraviesa la reflexión del escritor germano, antes de desenfocar teórico imperdonable, delata la lógica que impone la Verdad a quien la asume sin atenuantes.

O sea, para decirlo nietzscheanamente, un poco más allá de donde se empieza a «dejar de soportarla».

En efecto, nostálgico inconsciente de una continuidad incapturable, Nietzsche halla en el humano modelo -la persona de Sócrates- la opción de la más ilustre contaminación.

Cuando cree derivar, en tanto aspiración teórica, en pos de la recuperación imposible de *lo griego*, enferma de ello.

Mas: ¿cómo demostrar aserto tan arriesgado en tan escaso espacio?

Realicemos, apenas, algunas convenientes puntualizaciones.

A Sócrates el Estado le impone la *cicuta*; para Nietzsche, en cambio -sin veneno visible- no resulta menos determinante el drama: en el aislamiento sin atenuantes donde es parida la lucidez; a cambio de imponerse la transpersonal coherencia de un «suicidio inducido», irrumpe *la enigmática demencia*.

Debe decirse que la demencia tiene también historia y ha sufrido decisivas metamorfosis. Cuando se "moderniza" se rompen los enlaces con lo más primordial.

Retomemos, desde esta particular perspectiva, el asunto Nietzsche. Digamos, mejor, que se trata del *vínculo* entre la muerte de Sócrates y la locura de Nietzsche. Al menos, es esa la vía contaminada de reposición griega que, en realidad, resulta: la ruta de *la muerte* -a partir de la reasunción del destino socrático- deriva *locura*.

Es más: la locura de Nietzsche *está en el porvenir*.

Acaso presentida en su temprano ensayo sobre Educa-

7 Cf. Platón. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1967.

ción, sólo cabe incluirla como eslabón de una *oferta escritural* -la obra toda- que, tarde o temprano, impondrá esa inmolación como su consecuencia.

Pero, no se trata tampoco de mera locura personal. Es anuncio también de *demencia de todos*.

Ahora: entre *el filósofo que no escribe* (Sócrates) y *el que escribe como un poeta griego* (Nietzsche), se juega la *ilustre contaminación* que aquí interesa.

Por ello, más allá de todo develamiento empírico, se impone apuntalar una *clave de novedad* que reconozca lo más diferencial.

No son acontecimientos comunes y corrientes, ni se trata de "enfermos" menores. Se está al frente, en cambio, de *momentos privilegiados* en la consolidación de lo humano; acontecimientos que exigen, sin embargo, una mirada clínica.

Más radicalmente dicho: la muerte arma invasión precoz en el delirio donde se delata el insoluble drama nietzscheano: doblemente trágico, en el impedimento -tanto subjetivo como objetivo- para acceder a una tal consecución.

Ahora: todo esto, tan grave, ¿cómo se demuestra?

Pues bien: *locura*, en sentido estricto; en la más griega de las versiones, se enlaza con la aprehensión lúcida y divina del porvenir (tal cual lo expresara bellamente Platón en su «Fedro»⁸).

Cuando, en cambio, emerge escueta *psicosis*, sin dioses disponibles, los juegos de la muerte no logran sublimación posible.

Y, entre locura y psicosis, Nietzsche, como Van Gogh o como Hölderlin -para decirlo de un modo apabullante-, estaba en el *puro lindero*.

Significa ello que el *enlace demente*, en estos casos, no es personal. A su vez, tampoco Nietzsche *copia* en su delirio, de modo literal, el destino tanático socrático.

El delirio de Nietzsche *re-crea*. Es *terrorista-creador*. Impedido para la síntesis, es *linderal*; más bien, para poder expresar del más trágico modo, *la escisión* del lo humano.

Es *mitad griego*; y, el resto, se juega del lado de *la psicosis y del porvenir*; a la manera de delirio de Schreber, creador a su pesar.

Nietzsche, en realidad, inaugura una demencia lúcida que está consolidada a partir de un presente de tensión insufrible entre el pasado griego y el futuro imprevisible.

En cierta forma, es Nietzsche quien urgiría de "arúspices" que le garantizaran una clínica para el develamiento de su cuadro, por fuera de toda previsión psiquiátrica. Una clínica

que se coloque exacta-

8 Cf. Platón. Op. Cit.

mente allí donde emerge *el terrorismo creador*. O sea, una clínica que sume a su pretensión cientifista, el predominio de una *sensibilización estética*.

Pero -ya ahora es claro- el Estado "dementiza" también. Y, no precisamente, a la manera griega: «lo germánico a secas», antes de derivar de lado de la realización del humanismo griego recuperado, impone un salvajismo, tanto más regresivo.

Sin la lozanía e inocencia de *lo primordial*; sí, con la apabullante condición demoledora de *lo tecnológico*, puesta al servicio de la escueta destrucción, empieza una nueva *agonía de lo divino*. Y el texto de Nietzsche sobre los institutos de enseñanza -si se le lee así- deriva abrumador; sin duda, leído de este modo, el texto de Nietzsche resulta decisivo más allá de localismos pedagógicos; y, sus aparentes contradicciones, antes de ingenuas, devienen indispensables.

Incluso: aclarado lo anterior, es posible entender por qué, antes de reglamentar la Enseñanza, Nietzsche no vacila en clamar por la destrucción de Institutos y Universidades; con fogosidad, apenas anunciada por aquella agresiva ironía que ilustrara Sócrates, cuando cuestionaba la Sofística.

UN LUGAR PARA LA TRANSFERENCIA

Ahora bien: ese lector que anhela Nietzsche delata, primordialmente, la presencia de *un lugar*; antes de, *particulares condiciones*; por más que se las pudiera, hasta cierto punto, compartir.

Noción en referencia a la cual, resulta hoy -por demanda de Nietzsche- necesario ubicarse, desde que se lee el grueso de las Conferencias que conforman el ensayo pedagógico del filósofo en cuestión, ese específico lector consolida, pues, un lugar.

¿Qué lugar es ese?

Sin duda -impelido por el anexo de Prólogo e Introducción- *un lugar universal*.

Pero, además de ello, un lugar que hace posible la esperanza de *un intercambio de saber* que no pase, inevitablemente, por el cepo de la institucionalización pedagógica.

Incluso, más que de un intercambio, pues nada garantiza que el asunto refluya, se trata sí de una primera indispensable *transferencia*.

Transferencia que, entonces, impone la relación *escritura-lectura*, desde que el autor no se resignara al escueto lugar del «conferencista»; en tanto ingenuo aspirante a un intercambio que sueña con el enlace a un

auditorio ideal; generalizable, más allá de restric-

nes temporo-espaciales.

No vale tampoco el suponer que, en cierta forma desencantado, al no lograr reconocer, en la asiduidad de las asistencias empíricas de quienes, por vez primera, oyeron sus charlas, una real escucha, Nietzsche escribiría ese «Prefacio» para permitir lecturas -ya no, precisamente, alemanas o suizas- siempre decimonónicas. Pues, si esa fuera la lógica de su proceder, no se entendería que renunciara a hacer obligatorias correcciones.

No sólo, por la evidencia de gasto excesivo que impondría el que, además del Prólogo, hubiera de re-escribirse todo el texto; sobre todo, porque *consideró, indispensable e inevitable, esta dimensión particular, para hacer universalizables las consecuencias.*

Y asumió el resto.

LA OPCIÓN ESCRITURAL

Digamos que Nietzsche, entonces -aún a nivel de las Conferencias- no se resigna a una lectura literal. Suma, además, una condición definitiva: ejemplificar -previamente a los contenidos- *procedimientos*.

Ante todo, develar, en lo más concreto, la verdad de lo universal (*método analítico*). Y, en primer lugar, interpretar, en el presente, lo más sintomático, como clave para reducir, desde la periferia, los puntales de fondo.

No podría ésto darse, por ende, sin la recuperación de la ambientación platónica, en ese *encuadre filosófico-teatral* que, a partir de entonces, le impone a su escrito.

Pero, no se debiera olvidar tampoco, la marca que genera la opción *escritural*; pues, por sí sola, determina la *desconexión relacional entre sujetos* que intercambian saberes y apela, en cambio, a *escuchas anónimas* donde se apuntala, realmente, *el vínculo* sobre el cual, en realidad, toda escritura rigurosa reposa; y, al tiempo, torna visible.

Por supuesto: para llegar hasta allá, se impone el reconocimiento de matices de lectura, sólo diferenciables en la medida en que se distinguan plurales niveles de apropiación de lo escrito.

Y, sobre todo, saberse *presente eternizado* que -ofrecido al futuro, es ya referencia de un *pasado irreprimible*- da a la *Escritura* la clave decisiva que remonta toda contradicción; al menos, para la perspectiva de lo más esencial.

En efecto: es por la *Escritura* que "el hilo" se sostiene, se pierde y recupera.

Y, es por la *Lectura* consecuente que la lucha se repone y la distancia se acorta o alarga, con referencia a una resultante final; posiblemente portando *coherencia*; aunque, no lo sea de un modo *necesario*.

CONCLUSIONES PRECIPITADAS.

Sin embargo, cabe preguntar si, en realidad, se trata del radical y escueto cuestionamiento nietzscheano, según el cual, lo educativo se reduce a un problema de «extensión» empírica en la *transmisión de lo cultural*; con la consecuyente «simplificación» de lo esencial, perdido, paulatinamente, a partir de ahí: tal cual ha sido planteado al final de la «Introducción»; entre el «Prefacio» y las «Conferencias» propiamente dichas. O si, dándose un *olvido decisivo*, Nietzsche no termina diciendo *más o menos* de cuanto, en principio, se propuso demostrar; sobre todo, si se recuerda que su texto es interrumpido abruptamente.

Pues, siendo esa *Escritura* decisiva, ello resulta fuerte e insoslayable.

Sin duda, habría de ofrecerse soluciones más allá de la subordinación a lo estrictamente subjetivo; tanto más, si -saliendo al paso a la objeción pragmática de la "real" demencia de un Nietzsche alucinado- se asume que, la escritura toda de este autor, se impone antes de delirante, consecuente; más aún: si se reconoce que no hay en él, evidencia de desorden, así fuere subrepticio. En cambio sí, *lucidez del futuro*, develado a partir de la aplicación sin atenuantes, de un recurso procedimental anunciado por el texto mismo: *descifrar el futuro a partir del descarnado análisis del presente*.

Sólo que, el hilo que ata al pasado griego perdido sin remedio, obligará, hallada su otra punta, a hacer muecas ininteligibles al descubrirse, cara a cara, con el Nazismo.

Es aquí donde habría de abordarse esa otra «escritura de boceto» que, en las Obras Completas de Nietzsche, se titula: «Proyecto de continuación de las Conferencias» y que termina con la nada optimista fórmula: «Estamos conmovidos y avergonzados»; la cual, leída hoy, parece escrita, muchas décadas después ψ

BIBLIOGRAFÍA

- Derrida, J. "De la Gramatología". Siglo XXI, Ed. Buenos Aires, 1971.
 "Resistencia del Psicoanálisis". Paidós, Ed. Buenos Aires, 1997.
 Freud, S. OBRAS COMPLETAS. Amorrortu, Ed. Buenos Aires, 1978.
 Nietzsche, F. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Buenos Aires, 1967.
 Platón. OBRAS COMPLETAS. Aguilar, Ed. Madrid, 1969.